

Fisonomía moral de Palacio*

El Palacio, digamos su cuerpo, era poco más o era poco menos, como está descrito en el capítulo anterior, pero su alma, lo que le daba ser y movimiento, era así, tal y como lo pinta don Francisco Zarco bajo el pseudónimo de Fortín, en el artículo siguiente que publicó, cuando apenas contaba veinticinco años, en el tomo I de la Ilustración Mexicana del año de 1851. Lo anterior era su aspecto físico, éste, su aspecto moral.

Sé muy bien que está prohibido hablar en Palacio, pero esto que es tan conforme a las doctrinas de Platón, que tanto se empeñaba en enseñar a callar, creo que no se entiende al hablar de Palacio, y fiando en este concepto, escribo este artículo, esperando que no lo detenga la policía secreta, cuyas gracias son públicas.

Los franceses tienen su Eliseo, los ingleses su Whitehall, los prusianos su Sans-Souci, los españoles su Palacio Real, los americanos su Capitolio, y nosotros nuestro Palacio Nacional, que no es más que la gran caja en que guardamos la sorprendente máquina que se llama gobierno.

No tengo tiempo ni para hacer averiguaciones históricas sobre el costo del edificio, ni para medir sus dimensiones (aunque acaso esto será permitido por ser punto militar, porque algo militar hemos de tener, aunque no sea más que puntos), y así mi artículo no será ni histórico, ni mucho menos político. ¿Qué será, pues? Continúad y lo sabréis.

Mirad ese edificio pesado, uniforme, monótono, lleno de balcones y ventanas, aislado, que se levanta sobre el Arzobispado [actual Calle de Moneda] y entre el Mercado [se refiere al de El Volador, terreno que hoy ocupa la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en la calle de Corregidora], como si nuestro gobierno siempre vacilara entre solideos y verduleras, miradlo por fin, ¿y qué veis? Nada... Una fachada sin gracia,

*Artemio de Valle-Arizpe, *El Palacio Nacional de México*, monografía histórica y anecdótica, México, Cía. General de Ediciones, S.A., Colección Valle de México, 1933, Capítulo XIX, pp. 255-261.

color de lodo; muchas ventanas cerradas; un reloj que no anda; un asta bandera, en que hace poco flameaba un pabellón extranjero... Acercaos un poco; en las puertas están centinelas dobles en continuo movimiento; los soldados de guardia conversan o comen, o dicen requiebros a las mujeres. Esos soldados son permanentes o activos o guardias nacionales; todo es lo mismo, diferencias nominales; todos dispuestos a hacer guardias, y nada más... todos, acaso, listos a faltar a su deber, amenazando al que defienden...

Dad vuelta por todo el edificio: cuarteles, y más ventanas, y más puertas. Éste es el aspecto exterior; insignificante, insulso.

Pero pasemos la puerta, cualquiera de las dos; los soldados o andan dispersos por el patio o están sentados en la puerta con las armas en las manos... ¿Estará el enemigo en la plaza? No, sino que un hombre que no tenía que comer, quiso la noche anterior diez o doce pesos, diciendo que los anarquistas conspiraban, o bien se ha encontrado un pasquín en algún corredor...

Son las nueve de la mañana, y comienzan a entrar gentes de todas clases. No hay quien no tenga que ver con el gobierno. Veamos quiénes llegan. Allí viene un hombre alto, grueso, bien vestido, trae sobre el estómago una faja verde o azul; el soldado que está de centinela le echa armas al hombro, los demás y los oficiales lo saludan; él toca apenas el ala de su sombrero y sigue su camino pavoneándose... Atraviesa el patio, entra a la tesorería y allí nadie le hace honores, pero en cambio él los hace a todos; al portero, que no le hace caso; al meritorio, que no le responde porque está pintando rúbricas; al escribiente, que lo mira con desdén; al jefe de sección, que apenas se digna saludarlo... El general sufre mil humillaciones, es un mendigo que pide algo de lo que le deben de sueldos. Pasa allí todo el día, y se retira como entró, un poco más triste, un poco menos orgulloso: sigue así muchos días, hasta que, aburrido, se convierte en tallador o en convidador de juegos, para tener que dejarse caer de un balcón huyendo de la policía.

Oíd el ruido de un carruaje, que brillante y lujoso llega hasta la escalera: de él se apea un hombre de alguna edad, limpio, vivo, de modales agradables; todos lo miran y lo saludan; éste no va a la tesorería, sube a los ministerios; todas las puertas se le abren... ¿Quién es? Es un rico comerciante que debe su fortuna al contrabando. ¿Qué va a hacer? Va a prestar dinero a la Nación; entrega papeles y recibe pesos, o vende fusiles, o descuenta libranzas, o hace toda clase de negocios; los ministros no son más que sus lacayos; los que lo ven murmuran, pero él sigue viento en popa, enriqueciendo más y más todos los días...

Lentos, pálidos, de triste apariencia, siguen algunos grupos, que se dirigen a tanta puerta como se ve en el interior; son empleados que van a pasar allí cinco o siete horas. Unos van a trabajar, otros a almorzar, otros a gastar insolencias con el público, otros a adular a sus jefes, otros a deplorar su miseria... Son las ruedas de la administración; entre ellos hay viejos y jóvenes, honrados y bribones, instruidos e ignorantes... Todo joven que escribe señor con zeta, que no sabe sumar, y que tiene una pereza invencible, debe ser empleado, y esté seguro de hacer una carrera brillante, de ser algún día funcionario de primer orden. Los que algo saben, los que no pueden cometer humillaciones, bien pueden permanecer años y años tras de una mesa, y hacer primores; llegarán a viejos y nadie les hará caso...

¡Mirad! Allí viene un hombre seguido de la multitud; todos se disputan sus miradas; está rodeado de mujeres, de cojos, de mancos, de viejos, de ciegos. Unos tienen el sombrero en la mano, otros la indignación y vergüenza en el semblante... El hombre a quien tantos acompañan, oye todo con calma, súplicas e insultos, y sólo sabe decir: mañana. Es Ministro de Hacienda, o Ministro Tesorero; los que lo siguen son viudas de militares muertos en los campos de batalla, heridos, hombres que han envejecido sirviendo a su país... En cambio están ociosos y mendigan su sustento.

Poco a poco han entrado empleados, viudas, ministros y agiotistas. Son ya las doce, la guardia pasa lista, y en este momento es mayor la afluencia de gente. Jóvenes que suben a brincos las escaleras, ancianos de faz estúpida

y fisonomías vulgares; son los representantes del pueblo que van a dar leyes, o a contarse unos a otros, sin poder llegar al número necesario para hacernos felices. Se meten a sus cámaras a distraerse, a descansar, o a dormir; pero hoy no les seguimos.

En el lado que forma ángulo con la línea en que está la Tesorería, se ven cañones, y culebrinas, y guardias que los cuidan. Por allí está prohibido el tránsito, para que nadie se lleve en la bolsa una pieza de artillería. Siguen unos pasillos estrechos que conducen a las caballerizas; también hay caballos que la Nación mantiene, cuadrúpedos empleados, casi funcionarios, y de lo más honrados en verdad. Tiempo hubo en que cada uno de estos animales estaba cubierto con un lienzo en que se leían estas palabras: "Supremo Gobierno". Tras de la escalera está el Jardín Botánico, que no tiene más títulos que el recuerdo de la longevidad de Lázari. Este jardín, como establecimiento público que debiera ser útil, está cerrado.

Estamos ya junto a la escalera; subamos; en el entresuelo una entrada tan tenebrosa como la diplomacia, conduce al Ministerio de Relaciones. Allí se hacen tratados y convenciones, se expenden cartas de seguridad, porque protegemos al extranjero con tal que pague dos pesos al año, y allí se hacen muchas cosas.

Arriba estaba hace poco el Ministerio de Justicia, que ha emigrado, dejando en su lugar al de Guerra. Estos cambios son los únicos importantes que se hacen en nuestras cosas.

Sigue un pasillo que es un corredor de madera que conduce a la vivienda del Presidente. Este corredor es el vestigio de un Presidente tan ilustre como todos los demás; si de Iturbide se dijo:

Dos naciones son la huella
de su tránsito en la tierra,

Del presidente citado, puede decirse:

Un barandal es la huella
de su tránsito en la tierra.

El Presidente vive como preso; el amor nacional es tan grande, que teme que se le escape al pueblo de entre las manos. El Presidente vive tan cuidado como la mujer de un celoso; apenas sale a la calle de cuando en cuando, y entonces siempre van corriendo detrás de él algunos dragones para que no se extravíe... Allí, en la puerta, hay ayudantes del primer magistrado del país; no creáis que le ayudan a gobernar; después se cansa de oír una misma cosa, y se declara incomunicado... El público sólo tiene libre acceso a ver al Presidente cuando éste se muere. El público tiene entonces una exposición de cadáver presidencial, para que pueda exclamar como el célebre orador. "¡También los presidentes mueren!" ¿El Presidente qué hace? Pues señor, el Presidente come, duerme, se fastidia y preside, y por todo esto gana treinta mil duros al año.

Junto a la casa del Presidente, está la Cámara del Senado, la cámara de los hombres de juicio; porque de que alguien llega a treinta años, después de haber sido diputado y obispo, o general, o ministro, preciso es que tenga muchísimo juicio. El local es estrecho y es más concurrido de los senadores el salón de desahogo que el de sesiones.

En esta misma línea está la "Sociedad de Geografía y Estadística", cuerpo que es sabio, de suprema orden, que a veces emprende hasta... hacer observaciones meteorológicas. La estadística le debe positivos servicios; en punto a datos es tan curiosa la sociedad, que hace poco dijo que no sabía perfectamente quiénes eran sus miembros.

Enfrente está la Cámara de Diputados, la cámara democrática, que generalmente está en pugna con su compañera, a quien no quiere ver como hermana, sino como madrastra.

En un rincón está el Tribunal de Cuentas, el Tribunal severo, que debe revisar todos los documentos relativos a inversión de caudales. De todas las

cuentas del mundo, la más curiosa será, sin duda, una cuenta de las cuentas de que el Tribunal de Cuentas ha perdido la cuenta.

Sigue el Tribunal Supremo de Guerra, del que depende la moralidad y la disciplina de nuestro finado ejército.

Un callejón largo y oscuro conduce a los ministerios de Hacienda y Justicia. El primero es una especie de feria para unos, y de purgatorio para otros. Los porteros son inflexibles, el ministro invisible. En el fondo de este callejón se descubre una puerta de hierro, en cuyo frente hay una multitud de rasgos, marañas y rúbricas, que, sin embargo, son letras, y dice: "Suprema Corte de Justicia", con una claridad tal que caracteriza la rectitud de la administración y la limpieza del foro. Yo no sé si este letrero es un aviso a los litigantes de todo lo que les espera si pasan la puerta de hierro.

Hemos dado ya una ojeada general al Palacio; y habéis notado que no he querido pasar de ninguna puerta. Primero es menester conocer el terreno; pero os ofrezco que todo lo hemos de ver, y que hemos de hacer conocimientos muy entretenidos. A muchas puertas ni siquiera hemos llegado.

Pero todo esto será otro día, porque en este tomo no tengo más terreno de qué disponer. Otro día, pues, no nos quedaremos en las puertas, y asistiremos a todos los melodramas que se presentan en el Palacio Nacional.